

MAY R. AYAMONTE

LO QUE  
OCULTA  
LA  
NOCHE



CONTRALUZ

MAY R.  
AYAMONTE

Lo que oculta  
la noche

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© May R. Ayamonte, 2025

Autora representada por la Agencia Literaria Editabundo, S. L.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.com](http://www.contraluzeditorial.com)

ISBN: 978-84-19822-60-4

Depósito legal: M. 115-2025

Printed in Spain

Esta novela está inspirada en un caso real que sacudió Granada en 1990. Los personajes, la investigación y las posibles conclusiones forman parte de la ficción, aunque ciertos detalles son reales. Esta historia es un intento de dar explicación a unos hechos que parecen más asociados a lo paranormal que a cuestiones de este mundo.



## Capítulo 1

*9 de julio de 1987*

Dolores García era una mujer a la que rara vez se la podía ver sonreír. Como si le costase reconocerse en la alegría, pues, de alguna manera, el universo la había situado en los márgenes de quien merece una vida mejor. Desde niña había soñado con recorrer el mundo, elegir su propio destino y sentir la llamada de la libertad. Pero había crecido en el seno de una familia trabajadora, poco culturizada y, sobre todo, sin recursos para poder brindarle lo que ansiaba. Por eso, se había casado con tan solo dieciocho años y con veintiuno había tenido a Margarita. Rafael, su marido, no era el peor hombre que podía haber elegido, aunque tampoco la hacía feliz.

Sin embargo, aquel día, Dolores estaba deslumbrante. Lucía un vestido rojo que se le ceñía a la cintura y le marcaba el pecho. Se estaba colocando un collar de perlas que había sido de su abuela y se miraba de perfil para verificar que su manto de pelo oscuro y rizado estuviera bien peinado. Si algo caracterizaba a su familia era esa cabellera, que había sido la envidia de medio barrio. Sonreía, por primera vez en mucho tiempo, y sonreía para sí misma. Era una sonrisa sutil, de esas que a veces podrían interpretarse como melancólicas.

Después de unas cuantas miradas más en el espejo, cogió su bolso, que estaba colgado tras la puerta, y guardó la estampa de la Virgen de la Estrella. Siempre la acompañaba allá donde fuera. Quizá ese día no era el más indicado, pero deseaba que la Virgen la salvara; y si no que, al menos, la amparara por lo que estaba haciendo. Porque aquello llevaba teniendo lugar más tiempo del que le gustaría reconocer. Sin embargo, Dolores estaba decidida a apostar por su felicidad después de treinta y tres años sin hacerlo.

Conforme bajaba las escaleras de la casa, fijó la mirada en la fotografía que estaba colgada al fondo del pasillo, justo hacia donde se dirigían sus pasos. Su hija Margarita había heredado su pelo rizado color azabache, al que si el sol acariciaba con suavidad, dejaba ver un brillo azulado. Margarita lo llevaba a la altura de los hombros, aunque para entonces ya le había crecido, pues la fotografía debía tener unos dos años. A cada lado de su hija se situaban Rafael y ella misma. Rafael era un hombre poco agraciado, al que la vida tampoco parecía sonreírle muy a menudo. Ella se veía triste al lado de su hija, sin saber lo que la vida estaba a punto de regalarle. Era una fotografía que retrataba la verdadera cara de su familia: el cansancio, el anhelo por algo mejor y la falta de complicidad que existía entre su marido y ella.

Justo cuando llegaba al pasillo, oyó un golpe seco, como de un objeto pequeño al caer. Se encontraba sola, pues Rafael estaba trabajando y Margarita con sus abuelos. Se dirigió hacia el salón y abrió la puerta. La estancia no era muy grande y se notaba que no había sido amueblada con demasiado esmero. Allí donde mirara, la desidia se dejaba ver en los ceniceros colmados de colillas. Ella se negaba a seguir limpiando el desastre que Rafael generaba. ¿Cuántas veces le había pedido que dejara de fumar por la niña? O que, al menos, fumara en el patio.

Se dirigió al aparador que se encontraba en el centro de la pared, frente a la puerta. La vela rojiza que siempre ardía por su sobrino se había caído, y la cera se desparramaba goteando hacia el estante de abajo. Volvió a colocar la vela, así como la fotografía, que se había ladeado, tanteó el aparador en busca de un mechero y encendió la vela para que brillara de nuevo. Dirigiéndose a la imagen de su sobrino, murmuró:

—Lo sé, Joselito... Sé que no apruebas esto. Créeme, es lo mejor.

Acto seguido, volvió al pasillo y salió de la casa a paso rápido. Prefería pasar desapercibida, algo que no era tarea fácil, pues Dolores vivía en el centro del Albaicín, justo en una calle repleta de comercios y bares. Así que siempre se escabullía por una callejuela aldeaña que la alejaba del bullicio del barrio. No quería dar explicaciones a nadie, y mucho menos a su madre y a su hermana, que vivían puerta con puerta con ella. Eso dificultaba sus salidas, aunque, hasta ahora, había conseguido con éxito su objetivo de pasar inadvertida.

Para Dolores, como para cualquier albaicinera, recorrer con tacones esas callejuelas empedradas e inclinadas era una cuestión natural, como si hubieran nacido preparadas para ello. Había olvidado durante demasiado tiempo lo que era sentirse bien consigo misma. Hasta hacía unos meses, llevaba años sin arreglarse. Pero todo había cambiado aquella mañana en la que, por fin, Juan Pablo se dignó a mirarla. Y cómo la miró... Nunca la habían mirado de esa manera. Le temblaron las piernas y sintió como si su corazón hubiera dejado de latir por unos segundos.

Hacia los brazos de Juan Pablo se encaminaba en ese momento. Ya había llegado al centro y recorría con gracia las calles que la separaban del piso de su amante. Por el camino, se miraba en los escaparates y se recreaba con su imagen. Como

cada vez que se veían, Dolores sentía el sabor dulce de lo prohibido en los labios. Se deleitaba con todo el proceso: desde planear el momento de irse sin ser vista ni oída hasta salir de la casa a hurtadillas para que su familia no percibiera su ausencia. Se había hecho adicta a la adrenalina que suponía quedar con Juan Pablo. Incluso sentía que su vida dejaría de tener sentido si él desapareciera. Por fin, después de treinta y tres años, elegía algo para sí misma.

Dolores no meditaba demasiado si sus acciones estaban bien o mal; solo las ocultaba hasta que llegara el momento de tomar una decisión. Durante toda su vida se había dejado llevar por los demás, tanto que sus padres consiguieron que se casara con un hombre al que no amaba siendo casi una niña. Pero llevaba quince años casada con Rafael y, aunque era un hombre bueno, no era el amor de su vida. Nunca había elegido nada para ella y por fin empezaba a hacerlo. Eso la hacía sentirse poderosa.

Sin embargo, cuando estaba en casa, el peso de la culpa no la abandonaba. Solo sentía cómo menguaba cuando veía a Juan Pablo y esa sonrisa deslumbrante suya. Entonces, se le pasaba todo. Merecía la pena, porque era feliz. Por primera vez en la vida, era feliz.

Después de un rato caminando y recreándose en sus pensamientos, llegó a la zona donde se situaba el hotel en el que, tanto ella como Juan Pablo, trabajaban. Él vivía muy cerca. Desde la ventana de su dormitorio podía verse el patio trasero del hotel. A Dolores, aquello le venía bien, pues ya había planeado que, si alguna vez se encontraba a un conocido, siempre podía decir que tenía una reunión importante de trabajo. Así, las probabilidades de ser descubierta se reducían considerablemente.

Llamó al timbre y aguardó nerviosa. No solía arreglarse tanto para visitar a Juan Pablo, pero aquella tarde el vestido rojo pa-

recía pedirle a gritos que se lo pusiera. Carraspeó cuando escuchó cómo se abría la puerta del piso de Juan Pablo. Seguidamente, se desbloqueó la puerta de la entrada del edificio. Dolores la empujó con delicadeza y subió los escalones que la separaban de la primera planta.

—Candela, vieja, tú me quieres matar a mí de un infarto —susurró él abriendo los ojos, sorprendido.

Dolores se recreó en la mirada de deseo de Juan Pablo. Tenía la tez morena y el pelo negro afro bien recortado. Sus ojos eran marrones, pero de un marrón claro que a veces se tornaba verde. Su rostro era anguloso, con facciones marcadas y equilibradas. Era alto, más alto que Rafael. Y tenía un cuerpo trabajado, propio de un joven que se ejercitaba.

—Ya te he dicho que lo de *vieja* no me gusta —contestó ella desafiante, quedando a escasos centímetros de su boca.

—Coño, chica, te tengo dicho que en Cuba eso es un término cariñoso —respondió cogiéndola de la mano y tirando de ella hacia dentro del pequeño apartamento.

La puerta se cerró a sus espaldas y Dolores se sintió embriagada por la mezcla de olores. Juan Pablo desprendía un olor dulce, que le recordaba al campo en primavera. Su apartamento siempre olía a comida, pues era un gran cocinero y le solía preparar algún plato especial cubano cuando ella iba a su casa.

No le dio tiempo a tomar una bocanada de aire cuando sintió las manos fuertes de Juan Pablo aferrarse a su cuerpo. El bolso cayó, abriéndose, y sus pertenencias se desparramaron por el suelo. Sintió cómo se le enredaba el pelo con la cremallera del vestido que, Juan Pablo, bajaba con urgencia. Sentía su cuerpo arder conforme él besaba su cuello.

De repente, Juan Pablo dejó de besarla y, acercando la boca a su oído, susurró:

—Mi vida, vámonos a Cuba, escápate conmigo.

Dolores se quedó paralizada durante unos segundos. Las palabras de Juan Pablo se repetían en su cerebro como queriendo conquistar su alma. Sintió que el tiempo se detenía y una sacudida la transportó a sus fantasías más profundas. Se alejó de él y trastabilló con el bolso. Bajó la mirada al suelo y se encontró con la estampa de la Virgen de la Estrella. Le pareció ver cómo afirmaba con su inmaculada cabeza. Sus piernas temblaban y se le aceleró el corazón. Respondió:

—Hagámoslo, fuguémonos juntos.

## Capítulo 2

*16 de febrero de 1990*

La casa de Polet Hatero era pequeña, de dos plantas y tres dormitorios. La había reformado a su gusto en los últimos años y albergaba todo lo que Aurora y ella necesitaban. Estaba situada en la cuesta Caracas, justo a unos trescientos metros de donde vivían sus padres. Esa casa le había permitido combinar los dos mundos que conformaban su vida: su hija Aurora y su trabajo como policía nacional. Aunque en su versión original tenía techos de madera, Polet había conseguido ahorrar lo suficiente para deshacerse de la carcoma y cambiar la estructura original de la vivienda. Es posible que la casa perdiera algo de su esencia, pero también consiguió tener un hogar que pudiera perdurar otro siglo para que Aurora, cuando fuera adulta, lo disfrutara.

Miró el reloj de muñeca y vio que eran las diez y media. Aurora debía de estar dormida. En la cocina, lavó los platos de la cena y después sacó una onza de chocolate de la nevera. Con la onza en la mano, subió las escaleras con sigilo y entró en su dormitorio. La onza de chocolate no duró más que unos segundos antes de que preparara su pijama y se dirigiera hacia el cuarto de baño.

Nada más encender la luz, sonrió. Ahí estaban, como siempre, las zapatillas de Aurora. Intentaba que no anduviera descalza por la casa, pero era imposible. Aurora, como su madre, era una niña cabezota que seguía sus propias normas. Aunque Polet la controlaba con facilidad, ayudada por la profunda admiración que la niña sentía por ella. También por el hecho de que Aurora era una de las niñas más afables que debían existir en la faz de la Tierra. Y menos mal, pues Polet tenía una vida que era difícilmente compaginable con ser madre soltera. Aun así, entre la ayuda de sus padres y la buena conducta de su hija, todo parecía ir ocupando su lugar poco a poco.

—Mamá... —La voz de Aurora sonó al otro lado de la puerta del baño.

Polet fue directamente, abrió, y se la encontró con su pelo castaño, largo y ondulado, mirándola con cara de sueño.

—Cariño, ¿qué haces despierta? Ya es muy tarde. —Le puso una mano en el pelo y comenzó a empujarla para conducirla de vuelta a su habitación.

—Ya tengo diez años, mis amigos se van a la cama más tarde. Eres muy exigente con la hora de dormir —contestó, frenando sus pasos en mitad del pasillo y cruzándose de brazos.

—De momento, las diez de la noche está más que bien. Tienes que estar reventada, ¡llevas un domingo muy intenso! Y mañana hay que ir al cole —contestó Polet, pasándole las manos por el pelo con cariño.

—¿Y los fines de semana? ¿No podríamos acostarnos más tarde? —insistió Aurora. Bajó los brazos y comenzó a caminar de nuevo.

—Eso podemos hablarlo, claro. De momento, a dormir —concluyó Polet.

Guió a Aurora hacia la cama con la luz apagada. Ambas conocían bien ese dormitorio. Aurora no añadió nada más y Polet

la tapó con las mantas antes de darle un beso en la sien. Cerró la puerta tras ella y suspiró. Aurora siempre había sido una niña dócil, excepto cuando había tenido episodios de insomnio de pequeña y solo parecía calmarla que Polet durmiera con ella. La transición a dormir sola no fue fácil, aunque consiguieron ganar la batalla.

Volvió al cuarto de baño para darse una ducha caliente. Se desnudó y se miró en el espejo. Su pelo castaño oscuro le llegaba por las orejas y era ondulado como el de Aurora. Sus ojos y cejas oscuros le enmarcaban el rostro, cuyas facciones eran finas y delicadas. Sin embargo, Polet mantenía una actitud ruda que la ayudaba a endurecer su imagen. Sobre todo, por el tatuaje que la recorría desde la mitad del brazo hasta el cuello, y que formaba una armadura medieval. Se lo había hecho en la academia, harta de tener que demostrar su valía frente a los hombres que la rodeaban. También tenía el cuerpo musculado y era alta. Solía vestir de negro, lo que contribuía a endurecer sus delicadas facciones.

Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente calmara su mente. El fin de semana le había servido para desconectar del trabajo y sabía que el lunes sería complicado en la jefatura, pues seguían intentando dar con el hombre que había atropellado a uno de los empresarios más conocidos de la ciudad. Era un tema que comenzaba a hacer mella en el equipo; estaban agotados de buscar bajo la presión que ejercía la familia de la víctima. No conseguían nada, ni siquiera un testigo que pudiera describir el coche. A Polet, en el fondo, le daba igual. Sabía que la víctima estaba metida en cuestiones ilegales y que podía ser un aviso. Pero Luis estaba obcecado en encontrar al culpable, así que seguían perdiendo las semanas con ese tema.

Tras salir de la ducha, se puso un pijama negro que se le ajustaba a los hombros y le marcaba el pecho. Se peinó frente

al espejo y después salió sintiendo los músculos mucho más relajados. Bajó las escaleras con sigilo y se acercó a la chimenea. Aurora parecía estar dormida, así que esperaba poder tener la próxima hora solo para ella. Los fines de semana también eran intensos, pues intentaba pasar el máximo tiempo posible con su hija. De alguna manera, la compensaba por el resto de la semana. A veces soñaba con tener, aunque fuera, un domingo solo para ella, para así poder disfrutar de la soledad. Cuando Aurora estaba en la escuela, trabajaba. Cuando Aurora estaba con sus abuelos, trabajaba. Cuando no trabajaba, estaba con Aurora. De alguna manera se sentía en una espiral de la que era imposible salir.

Polet se alejó de la chimenea y conforme observaba a las llamas convertir los troncos de madera en cenizas, se sacudió las manos y sonrió. El salón era bastante grande, ocupaba la mayor parte de la superficie que tenía la primera planta de la casa. La puerta de entrada comunicaba directamente con la estancia, a la derecha de la cual se situaba la cocina, con barra americana. Las cinco estanterías, que constituían la mayor parte del mobiliario del salón, estaban repletas de libros. No solo ella era una aficionada a la lectura, sino que también había conseguido que Aurora devorara historias que marcaban su infancia y su, no tan lejana, entrada en la adolescencia.

Se tumbó en el sofá de polipiel negro, frente a la chimenea, y cogió de la mesita de café, frente a ella, el libro de anatomía forense que llevaba semanas intentando terminar. Disfrutaba de la ficción, sobre todo la histórica, pero a menudo intentaba leer ensayos que pudieran enriquecer sus conocimientos. Quizá debía reconocerse que había una intención oculta en esa lectura, aunque prefería justificarse pensando que lo hacía por conocer mejor todo lo relacionado con su trabajo. Estiró las piernas y leyó unas cuantas páginas antes de comenzar a sentir cómo el sueño se apoderaba de ella.

De pronto, cuando ya casi estaba dormida, al calor de la chimenea, empezó a sonar el teléfono fijo. Polet se incorporó de inmediato, con el corazón acelerado. Se levantó con la esperanza de que Aurora no escuchara el sonido que producía la llamada. Y maldijo para sí:

—No lo tendría que haber puesto. ¡Al cuerno con mi jefe!

Llegó hasta el teléfono fijo, que estaba instalado en la pared, junto a la barra americana, y lo descolgó de una vez.

—Luis, no son horas. Ya te dije que la niña duerme a partir de las diez. —Quizá sonó demasiado agresiva.

—¿Cómo sabes siempre que soy yo? —contestó el inspector Rodríguez con cierto tono jocoso.

—Hombre, mis padres viven a trescientos metros de mi casa, no suelen llamar por teléfono. Y, por supuesto, respetan las horas de sueño de mi hija —insistió ella, molesta.

—Polet, se nota que estás sola. Te vendría bien una aventura —repuso él, todavía divertido.

Para la subinspectora Hatero, el inspector Rodríguez no existía. Y viceversa. Porque Polet y Luis tenían una relación que se acercaba a la de un tío con su sobrina pequeña. De alguna manera, desde que habían empezado a trabajar juntos Luis vio en Polet a la hija que nunca tuvo. Y Polet, encantada por el trato familiar, dejó que Luis se convirtiera en un hermano más de cualquiera de sus padres.

Antes de que Polet pudiera contestar, escuchó los pasos de Aurora en la escalera y se giró.

—Mamá..., ¿qué pasa?

—Nada, es del trabajo. Vete a dormir, pollito —le pidió, componiendo una sonrisa.

Aurora pareció aceptar la propuesta y volvió a subir las escaleras. Polet suspiró, molesta, y dijo por el auricular del teléfono:

—Era la niña, que la has despertado..., aunque imagino que si llamas a estas horas será por algo importante —añadió mientras sentía cómo se relajaba de nuevo.

Conocía a Luis y él era sumamente cuidadoso con la vida de Polet. La había visto criar a Aurora con la ayuda de sus padres. Incluso a veces se quedaba con Aurora para que Polet pudiera tener unas horas a solas.

—Sí, siento el tema del teléfono; a ver si le pedimos a un técnico que te lo cambie por uno que sea menos estrepitoso. —Pareció tomar una bocanada de aire antes de seguir hablando—. Verás... Una mujer ha fallecido en el Hospital Virgen de las Nieves.

—Imagino que no me habrás llamado por un infarto —contestó Polet, sarcástica.

—No. Ingresó en unas condiciones terribles y el mismo hospital nos llamó. Unos oficiales fueron a echar un ojo y... se alarmaron bastante. Decidieron esperar a ver cómo evolucionaba. Ha fallecido esta tarde y ya nos han dado parte. Tienes que ir ahora mismo.

Luis fue contundente y claro. A Polet esas palabras le sentaron como un jarro de agua fría. Rara vez le hacía algo así; de hecho, era bastante impropio de él. Polet sabía que debía ser algo muy importante. Aun así no pudo evitar responder:

—Luis..., es tarde, la niña está durmiendo.

—Sabes que no te lo pediría si no pensara que debes venir conmigo. Solo me fío de ti, Polet, y es escabroso. Te veo en media hora en la puerta del Virgen de las Nieves. Te lo compensaré, te lo prometo.

Luis colgó y Polet suspiró. Miró hacia las escaleras de la casa y se apoyó sobre la barra, aún con el auricular en la oreja. Iba a ser una noche intensa.

## Capítulo 3

Podría decirse que llevar a Aurora a la casa de sus padres fue una cuestión complicada, pero no sería cierto. La niña, como era de esperar, seguía despierta cuando Polet llegó a su habitación. Recibió incluso con emoción la noticia de que debía dormir con sus abuelos. Hizo la mochila canturreando mientras Polet se preguntaba qué sería tan escabroso como para que Luis la llamara a esas horas.

Le subió la cremallera del chaquetón y la obligó a ponerse el gorro. Era febrero, en Granada, por lo que el tiempo no acompañaba cuando el sol caía.

—Mamá, si voy a casa de los abuelos, ¿tengo que ir mañana a clase? ¡Podría quedarme con ellos y salir de compras! —lo decía en serio, y Polet no pudo reprimir una carcajada.

—Claro que tienes que ir a clase, cariño. Mañana te recogeré en la escuela, ¿vale? —propuso.

Esas eran las condiciones con las que solía negociar con Aurora. Le pedía que le concediera tiempo para después recompensarla con lo que quisiera. Ir a buscarla a la escuela era algo que hacía diariamente, pero sabía que para Aurora era una promesa.

A ambas parecía funcionarles ese método. Quizá porque Polet había trabajado con su hija para llegar a acuerdos que las

# Inspirado en uno de los sucesos más aterradores de nuestro país

## LA HABANA, 1987

Dolores García se instala en Playa Larga junto a su amante dejando atrás a su hija y su marido. Con el tiempo, su curiosidad la llevará a descubrir una de las tradiciones más ancestrales de la isla, la santería, y nacerá en ella un propósito lejos de ese amor que un día la llevó hasta aquella aldea.

## GRANADA, 1990

Polet Hatero, subinspectora de policía, es la encargada de investigar la muerte de una mujer a la que rodea cierto misticismo. En la ciudad, todo el mundo defiende que ha sido obra del diablo y, aunque se resiste a creerlo, los primeros indicios desafían los límites de lo racional.

Si quiere descubrir la verdad, Polet no solo deberá enfrentarse a sus propias creencias, sino también a una familia que decide no colaborar y que se muestra desesperada por mantener ocultos sus secretos.  
¿Será capaz de resolver el caso antes de que sea demasiado tarde o las fuerzas que lo acechan terminarán por consumirla?

**Un oscuro misterio donde la realidad y la ficción se  
entrelazan; una subinspectora determinada y un asesinato  
que rompe con lo establecido.**

**¿Te atreves a descubrir lo que oculta la noche?**

**CONTRALUZ**

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-19822-60-4



9 788419 822604

Cód.: 3530157